



## SEÑALES DE VIDA

### Mariajesús Jabato

«Ni a ti ni a ninguna mujer he dedicado nunca una poesía», dijo el redactor de un periódico que, en su presencia, le confesó Manuel Machado a su mujer, Eulalia Cáceres. Pero no era cierto: Eulalia era el calambre de Manuel, que, vecino ya de la muerte, mostró públicamente su amor por ella

publicando en las páginas de huecograbado de ABC un poema, *Eulalia*: «...Y cuando yo la llamaba con el corazón/

sabía que ella me respondía con el suyo». Estos versos, otros inspirados en *La Anunciación* de Fray Angélico, un par de documentos oficiales, unas fotografías y una carta escrita desde Santander, también de caligrafía enamorada -«porque, te lo repito, yo solo estoy muy mal y estoy

muy triste»-, hoy acrecen el fondo machadiano de la Institución Fernán González y son las únicas posesiones que conservó Eulalia en su humilde celda del Cottolengo del P. Alegre, de Barcelona, donde se recluyó para pasar sus últimos años de vida; era su otro hemisferio, el que mira al más allá, que se abrió como una aurora cuando, muerto Manuel, el acá dejó de tener sentido para ella.

Tienen los periodistas afición a preguntar a personajes y personajillos qué libro se llevarían a una isla desierta, suponiendo que leen, que ya es suponer, y que en despoblado ocuparían su tiempo en tal afán, que es suponer aún más, pero ninguno preguntó a Eulalia, musa de un poeta, cuál de los libros de su marido era su preferido, cuál llevó a su voluntario retiro y han tenido que pasar cuarenta años para que se haya desvelado su elección, para que hayan caído como pétalos desprendidos de una flor

antigua, los versos que atesoraba: «...creo que no pensamos nunca en el amor/ nos amábamos, no más». De entre todos sus bienes materiales, Eulalia eligió el más espiritual, el humilde legado de una voz de hombre escrita en una cuartilla de cuadrícula amarillenta, una voz lenta como un regreso desde la infancia, entristecida por la ausencia y herrumbrada de inviernos, una voz que fue su voz hasta que se le ocultaron todos los soles. Nunca murió para ella Manuel Machado; latía en los diecinueve versos urgentes que le escribió el poeta en la intimidad doméstica y blanca de aquel enero de la postguerra, con el gato de la tarde dormitando a los pies y el silencio de la vida instalado en los corredores, porque Manuel y Eulalia, Eulalia y Manuel, no hablaron nunca del amor; no pensaron nunca en el amor. Se amaban, no más.

*mariajesusjabato@mariajesusjabato.com*

*No amábamos,  
no más*